

habitará la raza de aquel que mató á su hermano. Parecen cultivar con afán las artes que embellecen la vida, de las que son raros inventores, pero se olvidan de su Creador, cuyo espíritu los ilumina, y no reconocen ninguno de sus beneficios. Nacerá de ellos, sin embargo, una generacion hermosa, porque esa turba de mujeres tan bellas que acabas de ver, diosas en la apariencia, amables, alegres, encantadoras, carecen de la bondad que consiste en la honra doméstica, el principal timbre de una mujer. Destinadas y aderezadas sólo á los apetitos lascivos, servirán no más que para cantar y danzar y lucir galas y ejercitar la lengua y flechar los ojos; y esa sóbria raza de hombres cuyas vidas religiosas les hacian dignos del titulo de hijos de Dios, sacrificarán bajamente toda su virtud, toda su fama á las seducciones y sonrisas de esas bellas ateas. Ahora nadan en placeres; nadarán luego en un profundo abismo; y rien, pero en breve el mundo se convertirá para ellos en un mundo de lágrimas.»

Frustrada con esto la breve alegría de Adán: «¡Qué lástima y qué vergüenza, exclamó, que los que con tan buenos auspicios entran en la vida, tan fácilmente se aparten de su sendero, tomando otros extraviados, ó desfallezcan á la mitad del camino! Y lo que veo es que siempre los males del hombre tienen un mismo origen, todos provienen de la mujer.»

«Provienen, repuso el Ángel, de la afeminada flaqueza del hombre, que debería conservar más cuerdamente su dignidad, ya que ha recibido dones tan superiores. Pero vas á ser testigo de otra escena.»

Miró, y descubrió un vasto país que delante de él se dilataba, ocupado por pueblos y edificios rurales, y más léjos por ciudades populosas, con sus puertas y fuertes torres, y una muchedumbre armada, en cuyos feroces semblantes se retrataba la guerra, gigantes de inmensos cuerpos y osados en sus empresas. Unos blandian sus armas, otros aguijaban á sus fogosos bridones, y así jinetes como infantes, ya diseminados, ya en orden de batalla, no desempeñaban allí un ministerio ocioso. Apostados en un camino los escogidos para este fin, acopiaban forraje y recogian gran número de hermosos bueyes y no ménos hermosas vacas, que arrebatan á sus suculentos pastos, y rebaños enteros de lanudas ovejas y balantes corderillos, rico botin de todos aquellos llanos: apénas si lograban escapar con vida los pastores, que pedian socorro á gritos. De repente se traba un sangriento combate: chocan entre si con cruel furia los escuadrones, y en el sitio mismo en que poco ántes pacian los ganados, yacen multitud de cadáveres y

armas destrozadas, y la tierra sangrienta se trueca en un desierto. Acampados otros, asedian un poblacion fuerte, y la hostilizan con baterias, con minas, con escalas, miéntras los sitiados se defienden desde lo alto de las murallas, con flechas, jabalinas, piedras y ardiente azufre: horrible mortandad y gigantescas proezas por ambos lados. Más allá los heraldos con sus cetros llaman á consejo en las puertas de la ciudad, y al punto se reúnen varios hombres de cabellos blancos y grave aspecto, mezclándose con los guerreros; hácese oír arengas elocuentes, pero suscitase de pronto una oposicion facciosa, hasta que por fin se levanta un personaje de mediana edad¹, distinguido por su prudencia, que discurre largamente sobre el derecho y la sinrazon, la justicia, la religion, la verdad, la paz y el juicio de Dios. Vitupéranle mozos y viejos, y hubieran puesto sus manos violentamente en él, á no bajar una nube que le arrebató, desapareciendo á los ojos de aquella multitud. De esta suerte procedian allí la violencia, la tirania, la ley de la fuerza, y no era dable sosiego alguno en aquella tierra.

Lloraba Adán amargamente, y volviéndose á su guia le preguntó sollozando: «¿Qué gente es esa, ministros de la Muerte, no hombres, que así se la dan á sus semejantes, y que multiplican diez mil veces el homicidio de su hermano? Porque hermanos suyos son esos á quienes degüellan, hombres que asesinan á otros hombres. Y ese justo que á pesar de su virtud hubiera perecido, á no haberle salvado el cielo, ¿quién era?»

«Esos, replicó Miguel, son los resultados de los torpes matrimonios que has visto. Desde el punto en que se unen el bien y el mal, que reciprocamente se aborrecen, la imprudencia de tal union produce monstruosos engendros de cuerpo y alma. Tales serán esos gigantes, hombres de encumbrada fama, porque en semejantes tiempos sólo se admirará la fuerza, que se llamará valor y virtud heróica. Vencer en las batallas, subyugar naciones, volver uno cargado de los despojos de infinitas victimas inmoladas, se considerará como el más sublime grado de la gloria humana; que todo esto se hará por la gloria del triunfo, para alcanzar el nombre de grandes conquistadores, bienhechores de la humanidad, dioses, hijos de los dioses, cuando más bien debieran llamarse destructores y plagas de la especie humana. Así se adquirirá en la tierra fama y nombradia, y el verdadero mérito se dará al olvido. Ese, que ha de ser el séptimo de tus descendientes,

(1) Refiérese el autor á Enoch, cuyo tránsito se verificó á los 365 años, edad que entónces se reputaba como mediana.

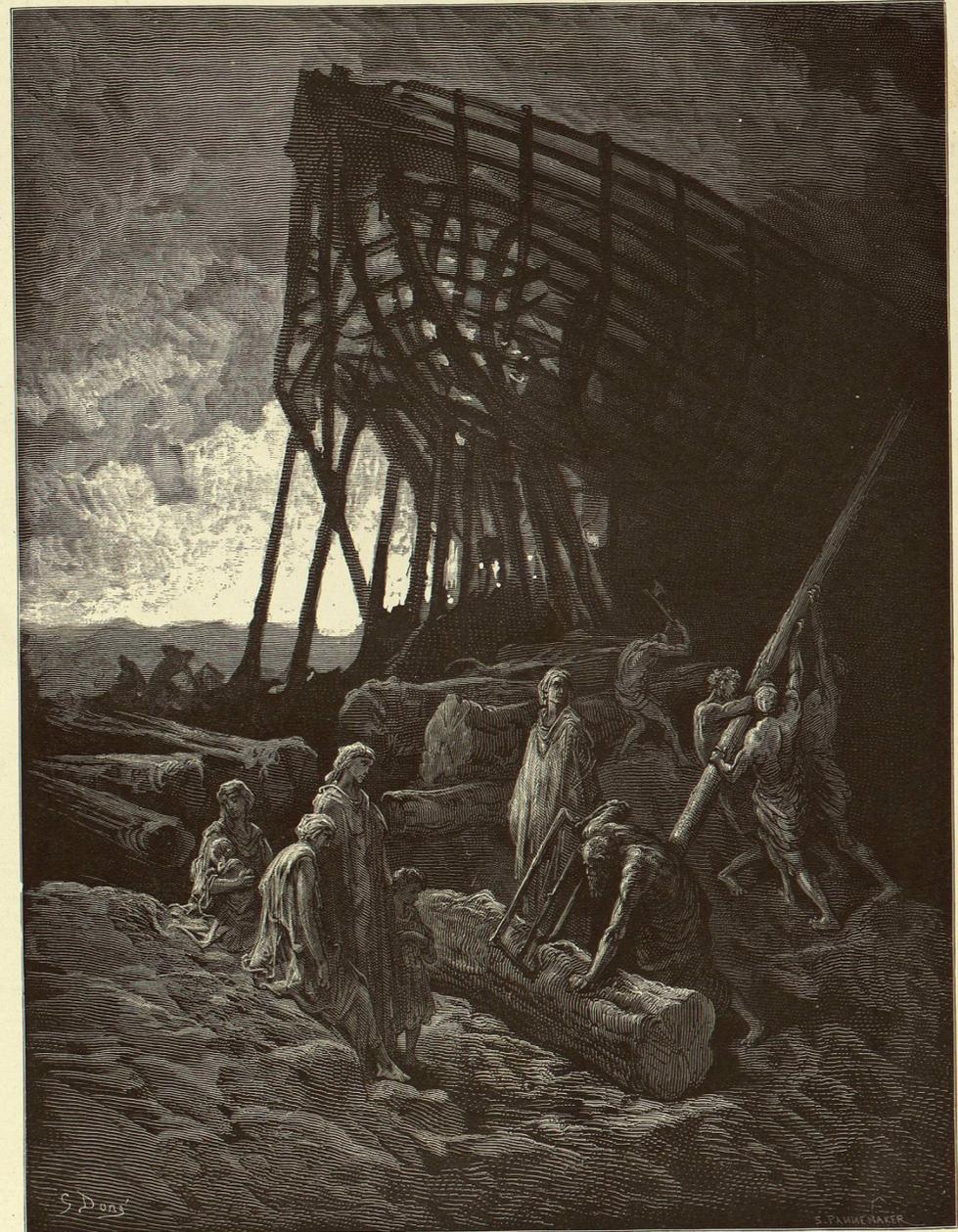
único justo de esa generacion perversa, ya has visto que le odiaban por eso mismo, y cuán expuesto estuvo entre tantos enemigos, porque se atrevió á ser el único virtuoso, y á anunciarles la ingrata verdad de que Dios rodeado de sus santos vendria á juzgarlos. Pero el Señor omnipotente le ocultó en una nube de perfumes, y sus alados corceles le arrebataron, como has visto, y Dios le ha recibido en su seno para que goce con él de la salvacion en el reino de la bienaventuranza, exento de toda muerte; lo cual te dará á entender el premio reservado para los buenos y el castigo que á los demás aguarda; y en prueba de ello, dirige allí tus miradas y considera bien lo que vas á ver.»

Y en efecto miró, y vió que todo habia variado de aspecto. La boca de bronce de la guerra habia cesado de rugir; todo á la sazón respiraba contento y júbilo, lujuria y disolucion; todo era fiestas y danzas, matrimonios ó prostituciones, segun mejor parecia, raptos ó adulterios, y por donde quiera que pasaba una mujer hermosa, arrastraba tras si á los hombres. De las copas del deleite salian las discordias civiles. Por último llegó un venerable patriarca, y se mostró indignado de sus vicios, protestando contra su conducta. Frecuentaba sus reuniones en que sólo veia triunfos y fiestas, y les predicaba conversión y arrepentimiento, como á almas que gemian encarceladas y en breve habian de sufrir una sentencia terrible. Todo fué en vano; y cuando sintió que se acercaba la hora, renunció á sus consejos, y mudó lejos de allí sus tiendas.

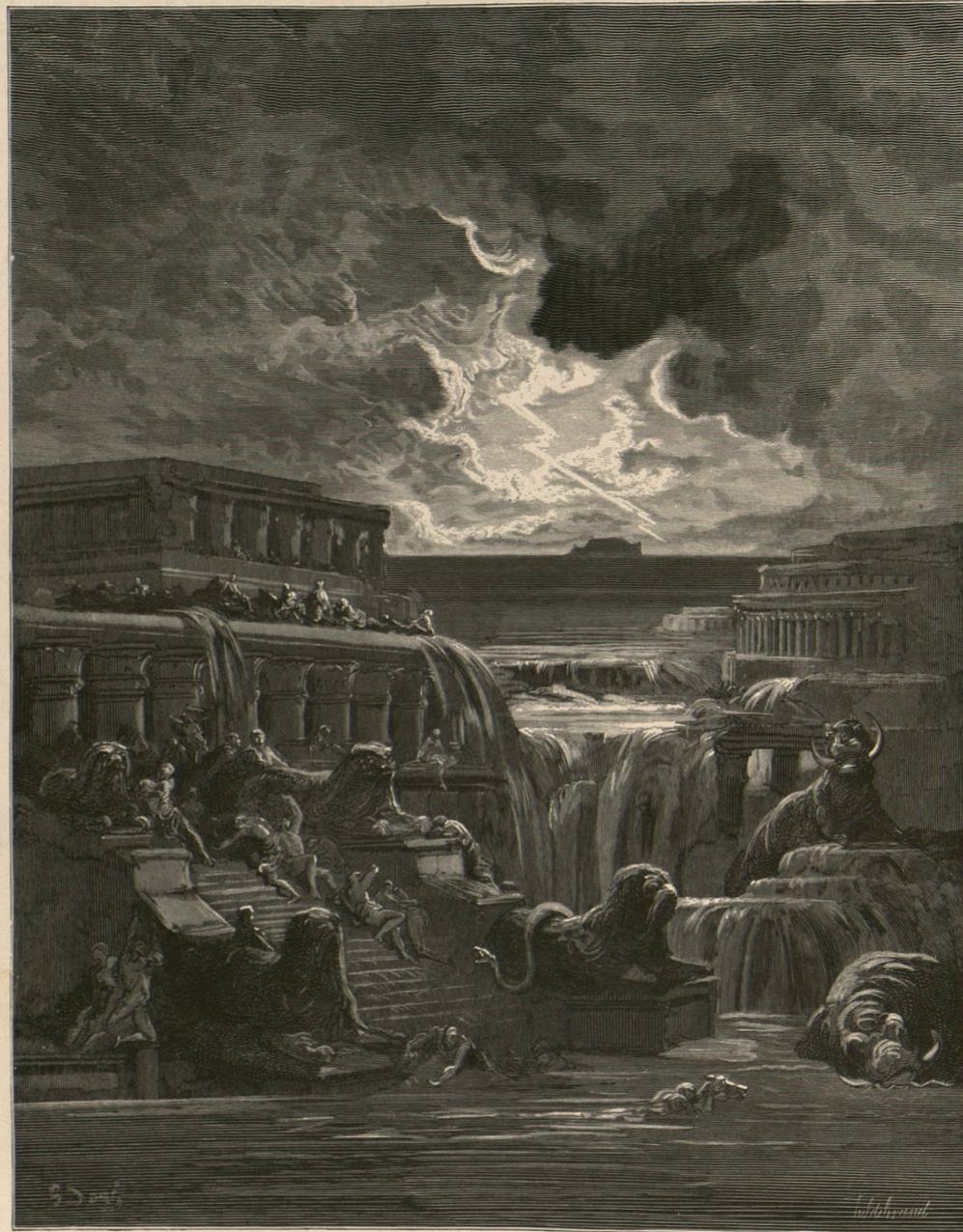
En seguida, cortando altos troncos de la montaña, comenzó á construir una nave de extraordinarias dimensiones; calculó los codos que habia de tener en longitud, en anchura y elevacion; cubrióla en derredor de betun; abrió una puerta en uno de sus costados, la llenó de abundantes provisiones para hombres y animales, y ¡oh singular prodigio! de cada especie de animales, aves y pequeños insectos, entraron en ella á setenas y á pares¹, obedeciendo al precepto que se les habia impuesto, y los últimos de todos el padre, sus tres hijos y sus cuatro mujeres; despues de lo cual cerró Dios la puerta.

Al propio tiempo se levantó el viento del mediodia, y desplegando sus inmensas y negras alas, acumuló las nubes que se extendian bajo del cielo, las cuales se aumentaron con todos los vapores, con todas las húmedas y sombrías exhalaciones que inmediatamente les enviaron las montañas. Cerróse el denso firma-

(1) Conforme al texto del *Genesis*, cap. VII: «*Ex omnibus animantibus mundis tolle septena et septena, masculum et feminam: de animantibus vero inmundis duo et duo, masculum et feminam.*»



CORTANDO ALTOS TRONCOS DE LA MONTAÑA, COMENZÓ Á CONSTRUIR UNA NAVE....



LAS OLAS HABIAN SEPULTADO YA LAS DEMÁS VIVIENDAS....

mento como con una lóbrega techumbre, y se desgajó una impetuosa lluvia, que prosiguió cayendo hasta que la tierra se ocultó á la vista. Sobrenadaba el bajel en medio de las aguas y con su enristrada proa se abría seguro paso; las olas habian sepultado ya las demás viviendas, que con todas sus pompas rodaban por el profundo abismo; el mar inundaba al mar, dejándole sin términos y sin playas, y en los palacios que tal magnificencia ostentaban ántes, se guarecian y propagaban los múnstruos marinos. De todo el género humano há poco tan numeroso, no quedaba más que lo que iba nadando en aquella frágil embarcacion.

¡Qué pena sentiste entónces, Adan, al ver el fin de tu descendencia, fin tan triste, y al considerar tan completa despoblacion! Tú tambien te hallaste sumido en otro diluvio de lágrimas y pesares, anegado y ahogado como tus hijos, hasta que blandamente sostenido por el Ángel, pudiste permanecer en pié, bien que inconsolable, como un padre que llora á sus hijos, muertos todos á un tiempo ante sus ojos; tanto, que apénas te quedó fuerza para manifestar así tu dolor al Ángel:

«¡Oh visiones en mal hora tenidas! Más dichoso hubiera vivido ignorante del porvenir. Hubiera yo sólo participado de tantos males; que la carga diaria se lleva difícilmente. Estas penas que se reparten en varios siglos y que caen de una vez sobre mi, mi prevision las anticipa, y me atormentan con la idea de lo que han de ser ántes de que existan. Que ningun hombre pretenda jamás averiguar la suerte que le ha de caber á él y á sus hijos en lo futuro: adquirirá la seguridad de males que su prevision no podrá evitar, y que sólo temerlos serán para él no ménos insoportables que si realmente le aconteciesen. Pero ya de esto no debo cuidarme: inútil es en el hombre esa prevencion, dado que los pocos que sobrevivan perecerán al cabo, de hambrientos y acongojados, á fuerza de vagar por esos liquidos desiertos. ¡Insensato! Llegué á esperar, al ver que la violencia y la guerra desaparecian de la tierra, que todo seria ventura, y que la paz vendria á coronar á la raza humana con largos dias de prosperidad; pero ¡qué grande fué mi error! Ahora conozco que tanto como corrompe la paz, devasta la guerra. ¿Por qué ha de ser así? Explicámelo, mensajero celestial, y dime si la raza humana perecerá aquí.»

Y Miguel replicó de nuevo: «Esos que há poco has visto tan triunfantes y tan viciosamente opulentos, son los mismos que viste al principio llevar á cabo eminentes hechos y grandes proezas, pero sin el mérito de la verdadera virtud. Los